

Los bienes terrenales del hombre

La abuela nos contaba que al final del juicio final, antes de cerrar el enorme espectáculo, que será el mayor de la historia humana, Dios va a decir lo siguiente: “Cada peso se va a ir al bolsillo de su dueño legítimo y cada hijo al lado de su padre verdadero”. El alboroto que se va a armar será colosal y no tendrán límites los nuevos reacomodos. No desear las cosas ajenas, ni la mujer de tu prójimo, son mandamientos que tienen que ver con la justicia (intención constante de darle a cada quien lo que le corresponde), virtud que hace florecer el orden y la abundancia o, su falta, la quiebra de cualquier sistema como lo estamos viendo en empresas y países.

Codicia y avaricia han sido las palancas tanto del crecimiento de unos pocos como de la miseria de muchos. La codicia es la envidia de los bienes ajenos y la explotación por la usura o por el trabajo; la avaricia es el vivir como miserable para acumular bienes. Rico McPato es más bien avaro, aunque los sobrinos disfrutaban de sus bienes.

Platón se preguntaba: ¿para qué quieren los ricos su dinero, si no es para hacer felices a sus amigos?, puesto que la amistad es un bien mayor que la riqueza. Su visión del bien de la comunidad era limitada: sólo a los amigos.

La filosofía del dinero nos dice que es una mercancía con dos características: cambia de valor cada minuto y es el principal motor del hombre para que el hombre trabaje, porque le permite cambiarlo por los satisfactores que

desea, aparentemente sin límite alguno.

Dinero y moneda cumplen la misma función de manera distinta. El dinero se registra en cuentas contables y es intangible; la moneda se cuenta con las manos o se pesa, como la libra esterlina, y ambos solo valen por la *esperanza que representan*, o sea el valor del dinero está en la segura o insegura aceptación por los demás en el mercado, aun cuando la moneda puede tener un valor intrínseco por su metal o por su valor numismático, pero cuando esto sucede su uso como moneda desaparece.

La misma abuela nos contaba que durante la Revolución, los billetes (llamados bilimbiques) que emitía el gobierno revolucionario triunfante perdían su valor en el momento en que la plaza cambiaba de manos, por lo cual lo prudente era comprar barras de jabón, las cuales conservaban mejor su valor de intercambio. Cuando, con el Presidente Carranza, apareció el oro y la plata como moneda corriente, los precios se estabilizaron.

El dinero es el inicio de cualquier forma de propiedad y la propiedad es la base del libre mercado, por lo que cuidar el valor del dinero (evitar la inflación) y la seguridad jurídica de la propiedad constituyen las bases de la libertad económica, sin la cual no hay libertad política.

La única forma de ser rico es poder tener más ingresos que egresos, o sea poder ahorrar, pues es verdad de Perogrullo que una sociedad

de consumo como lo estamos viviendo conduce al caos. El producto interno que llega a los mercados no corresponde al consumo de la gente que lo quiere adquirir con crédito, o sea con el ahorro de otro, o lo que es peor, con la creación del dinero ficticio que la banca puede crear prestando sobre bienes sin valor, por ejemplo las hipotecas *sub-prime* y luego pasando la cartera a un comprador mas ignorante e irresponsable. Gasto y crédito se vuelve incobrable por impagable.

Lo importante de inicio en la empresa no son la utilidades del capital, sino la mejora de la liquidez y del valor agregado que la empresa y las personas generan en el mercado, (producto interno) sin que los gobiernos se los quiten con burocracias enormes, programas sociales absurdos o financiando guerras.

Por otra parte, si el Estado quiere pagar todo lo impagable —por ejemplo las deudas de las empresas quebradas, o pensiones y seguros de todo tipo—, sólo complica las cosas, pues lo pagará con dinero de los impuestos o con la inflación, cuando la pérdida se descarga en la *deuda de nadie*, como es llamada la moneda.

En economía no hay nada gratis. El Estado en realidad no produce nada; sólo distribuye inteligente o estúpidamente en inversión o gasto corriente lo que la sociedad ha producido. Por eso los candidatos pueden prometer todo gratis, pues no es su dinero: prometen una



sociedad sin escasez y sin coacción como en el paraíso, que ya no existe. Si cumplieran todo lo que prometen, el país quiebra y la moneda no valdría nada.

Hay cuatro niveles de propiedad:

1. La de bienes de consumo indispensables comida vestido.
2. La de bienes duraderos: la casa, los muebles.
3. La de bienes de inversión productiva: máquinas, sistemas, tecnología, y
4. La de bienes suntuarios, o sea de lujo en sí mismos innecesarios.

Esto nos lleva a dos formas de carencias: “la pobreza de los pobres” —o sea la de bienes indispensables para la vida— y la que llamaremos “indigencia de los ricos”, quienes no son felices, pues sufren mucho, si no llenan las necesidades psicológicas de sus egos con ciertas marcas exclusivas, modelos especiales, estilos, olores, o sabores que en sí mismos son puras vanidades innecesarias, armadas por la publicidad. Los bienes suntuarios más bien estorban, crean riesgos y generan envidias. Obviamente, el arte verdadero nunca será bien suntuario y debe fomentarse.

Es más rico quien necesita menos y goza más con lo sencillo. La dicha es sencilla en la persona madura con un yo sólido. Si todos pudieran acceder a alguna forma propiedad y la disfrutaran, habría paz social. Diógenes y el Chavo del Ocho vivían en un tonel y gozaban de la vida. El dinero es para la persona, no la persona para el dinero, y es más rico quien lo sabe producir y cuidar que quien, como ahora, sólo lo sabe gastar.

Educar hijos en la pobreza es muy difícil, pero en la opulencia es imposible. No basta darle al hijo la mejor instrucción escolar si no sabe vincularse voluntariamente

a proyectos difíciles que exigen esfuerzo diario, como lo hicieron sus padres cuidando el negocio. A un amigo y cliente de consultoría estratégica le decía: “¿Y para qué quieres una fábrica más? Tu vida está materialmente satisfecha, ni puedes comer más ni mejor, ni viajar más. Ya tienes demasiados problemas, ya tienes las enfermedades de los ricos y los nervios afectados. ¿Qué sentido tiene ser pronto el más rico del panteón?”

Meditando juntos llegamos a la conclusión de que sólo tiene sentido la nueva planta si da trabajo productivo a otros, si mejora la competencia del mercado, si tiene precios y calidad mejores, si es fuente de impuestos (o sea, si cumple su función social de bien común).

Tampoco lo hagas porque te den un reconocimiento y te alaben, no vale la pena. Hacer a los demás mejores personas y económicamente solventes tiene mayor sentido que sólo hacer felices a los amigos, como quería Platón. El que vive para las cosas —el avaro y codicioso— pierde su libertad, pues ya no es el que tiene, es más bien el tenido por las cosas; no es el dueño de la empresa sino la empresa de él. Ésta es la fórmula para acabar con la familia, con la salud, con los nervios. Cuando el dominio sobre los otros o sobre el mercado puede más que el espíritu de servicio y la integridad moral del yo, la riqueza es un estorbo.

Santo Tomas, fraile del siglo XIII, sólo sabe de economía aldeana, pero sabe de moral y que si la economía se separa de lo moral va al fracaso, como se está viendo ahora por experiencia. La crisis actual es producto de la codicia de minorías muy sagaces, educadas en tecnologías y habilidades de punta, pero en una moral y humanismo pobre, que llevó la inmoralidad del dinero a los grandes actores económicos.

“Codicia y avaricia han sido las palancas tanto del crecimiento de unos pocos como de la miseria de muchos”

Tomás, el filósofo-teólogo, se formula varias preguntas sobre los bienes del hombre: ¿Dios hizo los bienes de la tierra para todos los hombres? Responde si Dios hizo los bienes de la tierra para todos.

¿Le es lícito al hombre separar parte de ellos para su provecho y beneficio? O sea, ¿es lícita la propiedad privada? Y da una respuesta genial: sí es lícito y conveniente porque “cada quien cuida más lo que es propio y lo vuelve más productivo”. Lo que es de todos nadie lo cuida ni lo hace productivo. Él no lo sabía, pero por ello quebró el sistema comunista.

La propiedad, lo más extendida posible, debe de cumplir por tanto dos funciones fundamentales para ser lícita: cuidar de los bienes, la ecología como hechos por Dios para todos y volverlos productivos para la sociedad. En latín le llama *potestas procurandi et dispensandi* a la facultad y capacidad de cuidar de los bienes y de distribuir los frutos; poder de cuidar de las cosas para hacerlas productivas.

El propietario inversionista, el rico, es el administrador del pobre para que se reduzca su pobreza mediante hacerlo también productivo por la capacitación. No es la gratuidad la que educa, sino la capacitación y la

La codicia en los políticos

oportunidad para el que necesita y el gasto austero para el que tiene mucho. El despilfarro y los bienes suntuarios son un crimen frente a la miseria y deforman la *psiqué* de quien requiere de ellos como vicio de gastar.

Tomás ve el gasto suntuario —o sea bienes sólo para la ostentación que ni se cuidan ni son productivos— como pecado. El hombre debe tener señorío sobre los bienes, no ser esclavo de ellos, dominio es del "*dominus*" del señor, pero en función del bien común de la sociedad. Las cosas no valen por lo que costaron sino por la utilización que se hace de ellas en una administración honesta y productiva. Sólo el futuro da el valor de las cosas.

Recuérdese que para el derecho romano la propiedad era materialismo puro: el "*ius utendi, fruendi et abuti*" —o sea la facultad de usar disfrutan y abusar de los bienes sin limitación ni responsabilidad social— y esto abarcaban también a las personas, los esclavos.

¿A dónde nos conduce nuestro mundo materialista, de riquezas, poder y placer como objetivos en sí mismos, y no como valores que la libertad puede hacer buenos o malos? Todas las decadencias históricas se han caracterizado por lo mismo: una sociedad muelle, superficial, hedonista, con políticos sin liderazgo de ninguna especie, carente de vínculos de cultura y de valores religiosos, aunque pueda ser muy instruida, cargada de información pero sin formación ni pensamiento. E

¿Cuáles son las motivaciones de nuestros políticos para los puestos públicos? La política ya no se ve como un ideal de servicio al país y a la comunidad, con espíritu de austeridad republicana, pues se ha convertido a lo ancho de la historia en el gran negocio.

En nuestro medio la vocación política del gobernante, entendido como compromiso y entrega desinteresada de una persona con preparación para el puesto y motivada por un sentido trascendente de patria y de bien común, es prácticamente desconocida. Es simple romanticismo político de otros países y de otras épocas.

Cuando los partidos no son ya centros de discusión y capacitación con filosofía política y cultura propias, sino que se ven como centros de contratación para obtener jugosas chambas y donde se pelean y reparten entre camaradas magníficas oportunidades para negocios o para posibles fraudes millonarios, será imposible combatir la corrupción con el ejemplo y generar un tipo de político que ilusione y cause admiración entre el pueblo. El travestismo político en los partidos es el resultado de la falta de convicción. Internamente los partidos se vuelven centros de lucha libre sin límite de caídas.

En México existe una grave confusión. Se confunde ser burócrata con ser político y ser político con vivir del presupuesto. En democracias maduras son conceptos distintos y en ocasiones incompatibles. Aquí aprovechar y roer el hueso hasta la médula es la consigna y juzgarán al funcionario íntegro, no de hombre recto, sino de tonto.

Nuestros políticos son intercambiables prácticamente para cualquier puesto y se requiere la docilidad o complicidad con el jefe o con el sistema mucho más que la competencia profesional. Nuestros políticos suelen causar envidia pero difícilmente admiración por su calidad de personas, salvo raras excepciones. Nuestros cuadros de candidatos son desilusionantes.

El pueblo intuye en las campañas cuáles son las verdaderas motivaciones de tan ansiosos contendientes, quienes pregonan cuidar los intereses de sus representados cuando en realidad es la codicia de poder y de dinero el único móvil de tantos esfuerzos y enormes costos.

En el orador político el nivel de pensamiento es bajo, su emoción comprometida es teatral y su expresión verbal o escrita inculta en grado increíble. Debería haber más debates públicos televisados y ensayos periodísticos entre los contendientes y entre los propios partidos, para conocer quién es quién y no solamente sus fotos en los postes. Llevar a la pasarela a los candidatos eliminaría automáticamente a muchos.



El autor es Licenciado en Administración de Empresas y Contador Público. Es Doctor en Filosofía por la Universidad de Navarra y Director General del despacho Morales Mancera, de Contabilidad y Consultoría.